

EL BAUTISMO DEL SEÑOR

Ciclo B

EVANGELIO

Lectura del santo Evangelio según san Marcos. 1, 7-11

En aquel tiempo, Juan predicaba diciendo: "Ya viene detrás de mí uno que es más poderoso que yo, uno ante quien no merezco ni siquiera inclinarme para desatarle la correa de sus sandalias. Yo los he bautizado a ustedes con agua, pero él los bautizará con el Espíritu Santo".

Por esos días, vino Jesús desde Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordán. Al salir Jesús del agua, vio que los cielos se rasgaban y que el Espíritu, en figura de paloma, descendía sobre él. Se oyó entonces una voz del cielo que decía: "Tú eres mi Hijo amado; yo tengo en ti mis complacencias".

Palabra del Señor.

REFLEXIÓN

EL TEXTO

Juan el Bautista predicaba un bautismo de conversión, de arrepentimiento: "*Conviértanse, que ya se acerca el Reino de los Cielos*"; y buscaba con ello preparar el camino del Mesías ante quien no merecía ni siquiera inclinarse para desatarle la correa de sus sandalias. Juan utilizaba el agua como signo de purificación en preparación a la venida del Mesías.

Cuando Jesús se acerca a ser bautizado por Juan, lo hace con un sincero corazón, buscando la conversión definitiva hacia su Padre (aunque él no tuviera pecados). Por eso el Padre responde de una manera sublime con estas palabras: "*Tú eres mi Hijo amado; yo tengo en ti mis complacencias*". Así, el bautismo de Juan el Bautista, descubre o revela a Jesús y a quienes lo rodeaban, su verdadera condición de Hijo de Dios. Nos debe quedar claro que no es el bautismo el que le otorga a Jesús su condición de Hijo, sino que el bautismo es para Jesús el momento en el que él descubre con claridad lo que él ya era: el Ungido, el Hijo de Dios.

ACTUALIDAD

El bautismo para nosotros es distinto al bautismo que administraba Juan el Bautista; ahora somos bautizados con el Espíritu Santo. Esto hace una gran diferencia, puesto que ahora el agua no es sólo un signo de nuestro deseo de conversión sino que verdadera y esencialmente, por la fuerza del Espíritu, limpia en nosotros el pecado original, disponiéndonos así a recibir la gracia en plenitud que nos convierte en verdaderos Hijos de Dios. Por eso, el agua que en el Bautismo de Juan significaba ese deseo del hombre por convertirse, ahora significa la presencia del Espíritu que realiza plenamente ese deseo de conversión y limpia completamente el corazón del hombre, convirtiéndolo de un corazón de piedra en un corazón de carne que puede recibir el amor de Dios como Hijo.

Lo que en Cristo fue un signo de conversión y una revelación de su verdadera identidad como Hijo de Dios; en nosotros es una conversión real provocada por el Espíritu Santo y una verdadera transformación de nuestra persona, convirtiéndonos de criaturas de Dios en Hijos del Padre en Cristo Jesús.

La pregunta que nos queda para nosotros es: ¿Si hemos sido ungidos por el Espíritu, por qué batallamos tanto para vivirnos como Hijos de Dios?

Lo que pasa es que Dios nos da la gracia, pero este don no quita nuestra libertad. Dios nos da la condición de Hijos, derrama su Espíritu sobre nosotros, limpia nuestro pecado, pero nos deja libres para que nosotros decidamos vivirnos como tales. Así es el amor, ¿de qué sirve el amor de alguien que "está obligado" a amar? El amor que no es libre no es amor. Por eso, Dios quiere que ese amor brote de nuestro corazón gratuitamente, como acción de gracias por todo lo recibido de su parte.

La dificultad viene cuando nosotros hemos perdido la perspectiva de tan grande Don. Cuando nosotros olvidamos el inmenso amor de Dios y dejamos que "otros amores" seduzcan nuestra libertad, comenzamos a desviarnos en nuestro camino como Hijos de Dios. Por eso hoy estamos llamados a renovar nuestro compromiso bautismal. Un año más comienza en el que estamos llamados a amarnos y vivirnos como verdaderos Hijos del Rey de reyes y Señor de señores. No se esperaría menos de nosotros.

PROPOSITO

Vivir, disfrutar, gozar el inmenso Amor de Dios que ha derramado sobre nosotros al llamarnos sus Hijos. Pensemos en esas situaciones de pecado que nos

esclavizan y no nos permiten vivirnos con dignidad como verdaderos Hijos de Dios. Luchemos contra ellas para poder disfrutar del verdadero amor, el amor de aquel que ha dado la vida por nosotros, Jesucristo, Nuestro Señor.

Por tu Pueblo,

Para tu Gloria,

Siempre tuyo Señor.

Héctor M. Pérez V., Pbro.